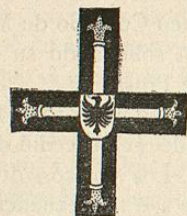


fronterizo desde donde se podía hacer frente á los salvajes sámitas. Los triunfos conseguidos corrieron, sin embargo, gran peligro dos distintas veces, á consecuencia de un levantamiento general de los vencidos. La primera sublevación (1242-1246), que se vió protegida por el duque Swantopolk



Cruz de los caballeros de la órden teutónica

de Pomerelia, vecino occidental de la órden, no fué, ni con mucho, tan peligrosa como la unánime rebelion nacional motivada en 1261 por la victoria del príncipe lituano Mindowa y por una serie de violencias cometidas por los caballeros de la órden. Esta insurreccion no pudo ser dominada completamente hasta veinte años despues, bajo la direccion

del maestre provincial Mangoldo de Sterenberg. En aquella lucha fué casi totalmente destruida la raza prusiana, no quedando de ella mas que algunos pocos restos: era pues preciso repoblar de nuevo aquel territorio. La órden teutónica, además de su fama militar, alcanzó allí fama de organizadora y de administradora; por sus cuidados florecieron las ciudades de Thorn y de Kulm, á las cuales se concedió un derecho municipal parecido al de Magdeburgo. Fundáronse nuevas ciudades, los nobles alemanes obtuvieron tierras, labradores alemanes poblaron las nuevas aldeas, y gracias á la solicitud con que la órden atendió á la cultura de un país destinado por la naturaleza á ser madre política de Alemania, aquel país pudo alcanzar una gran prosperidad. Desde el imperio dirigian algunos sus codiciosas miradas á la nueva Alemania, que se extendía al otro lado del Vistula, la cual, á pesar de la doble naturaleza especial de sus señores, supo librarse de toda influencia eclesiástica y de toda explotación pontificia, y ejerció los derechos y cumplió los deberes del Estado de un modo tan claro, consecuente y práctico como no lo vemos casi en ninguno de los nuevos Estados que se formaron en Occidente.

HISTORIA DE LOS ESTADOS DE OCCIDENTE DURANTE LA EDAD MEDIA

PARTE SEGUNDA

SEPARACION DEL ESTADO Y DE LA IGLESIA EN LA EDAD MEDIA Y TRANSFORMACION DE EUROPA
POR LA CONSTITUCION DE ESTADOS NACIONALES

INTRODUCCION

Quinientos años habian transcurrido desde el glorioso reinado de Carlomagno cuando el imperio romano restaurado cayó víctima de su impotencia, rompiéndose el lazo que hasta entonces habia unido á los pueblos romano y germánico y apareciendo cada vez mas marcados los antagonismos y diferencias entre romanos y germanos que vinieron á suceder á su decantada union. Pero aunque los pueblos habian aprendido que eran naciones y se esforzaban por constituirse en Estados, el pueblo aleman hasta entonces habia conservado una situacion, si no soberana, por lo menos directiva.

La organizacion política del Occidente habia tenido por base durante algunos siglos la union de la monarquía alemana con el imperio romano; además, el mismo punto de partida y el mismo objetivo caracterizaban el movimiento civilizador comun á todos los pueblos occidentales. El ocupar el centro de estos pueblos y el haberse atraído á los del Norte y del Este dieron origen á la gran importancia histórica del pueblo aleman, importancia que motivó y á la que respondía la situacion de los alemanes durante los quinientos años que mediaron desde Carlomagno hasta la caída de los Staufen.

Lo que en otro tiempo habia dejado el imperio romano, es decir, los restos de la antigua cultura capaces de desarrollarse, habia ido á parar, por mediacion de la Iglesia, á manos de los alemanes y sido convertido por estos en patrimonio comun de los pueblos que vivian al Norte de los Alpes. En este suelo echó sus raíces la civilizacion de las diferentes naciones que, mas adelante, se separaron viviendo una existencia independiente; pero sin perjuicio de esta independencia, pudieron reconocerse congéneres y por tanto entenderse y comunicarse entre sí. En el Norte y en el Este, sin embargo, el germanismo ocupó una situacion que le proporcionaba cada dia mayores fuerzas y que, conservada con éxito, sobrevivió á la misma ruina del Imperio. Siguiendo el impulso que le habia dado Carlomagno, y durante un siglo de luchas, ora prósperas, ora adversas, extendió sus fronteras del Elba y del Saale hasta muy adentro de los países orientales vecinos, sentando en Havel, Spree y Oder, en Pregel y Memel, los mojones orientales desde los cuales habia de partir la renovacion de su modo de ser nacional. La Iglesia, así como habia tomado parte activa en estos grandes trabajos de la Alemania de la Edad media, intervino y se

infiltró en el imperio aleman en todos sentidos, de suerte que en toda la existencia de éste no habia cuestion alguna de cierta importancia que no afectara á la vez á la Iglesia y al Estado. Esto imprimió precisamente un carácter especial á la historia alemana durante los quinientos años que siguieron á Carlomagno, y esto explica tambien y caracteriza la diversidad que se advierte entre el desenvolvimiento de Alemania y el de los demás pueblos; de aquí se derivó asimismo la fatalidad que pesó sobre Alemania en la época en que la mayoría de los pueblos, idealmente unidos bajo el Imperio, se dieron, por motivos nacionales, una organizacion política independiente.

Ya en el imperio del mismo Carlomagno los pueblos habian permanecido unidos mas bien exterior que interiormente (1), y en Alemania, al contrario de lo que acontecia con el Occidente romano, la situacion no se habia modificado esencialmente. La diferencia entre las razas germánicas, con haberse disminuido mucho á fines del siglo XIII, era todavía tan grande que la Alemania ni podia llegar á ser una monarquía nacional, como Francia, ni producir, como Inglaterra, una constitucion que mantuviera á la nacion unida. Carlomagno habia dado á su imperio un carácter eclesiástico, procurando buscar en la unidad de creencias de sus súbditos la manera de sustituir la unidad política de que sus extensos dominios carecian. Este carácter continuó subsistiendo en el Imperio y presidiendo de un modo esencial al desenvolvimiento de Alemania. El Imperio, precisamente en los tiempos de su mayor poderío, tuvo un carácter marcadamente eclesiástico, en el cual se apoyaba principalmente la situacion preponderante que ocupó en el centro y al frente del sistema de Estados de Occidente. En efecto, dada la manera de pensar de aquellos siglos, no era posible el Imperio sin la Iglesia y, para cumplir su mision, debía no solo ejercer una influencia decisiva sobre ésta, sino tambien es forzarse porque permaneciera sometida á su soberanía y pusiera al servicio de su política todos los medios terrenales y espirituales de que disponia. Los reyes alemanes, partiendo de la idea de que el cristianismo estaba llamado á ejercer la soberanía universal y de que al coronarse emperadores se convertian en adalides de esta mision, pretendieron á su vez

(1) Véase la primera parte.

ser reconocidos como soberanos universales: el Imperio y el Pontificado debían abarcar en su concepto todo el Occidente haciendo de él una gran unidad político-eclesiástica; uno y otra se inspiraban en las ideas del Imperio romano; uno y otra querían, aunque por distintos caminos, someter al resucitado romanismo el mundo que tan radical transformación había sufrido.

Las pretensiones a la soberanía universal, que formulaban así el Imperio como el Pontificado, debían ocasionar necesariamente un conflicto.

Este conflicto alcanzó toda su magnitud histórica primero en las luchas de las investiduras y luego en las que ocurrieron por la soberanía de Italia. El Imperio sucumbió: el Estado universal cayó hecho pedazos para ceder su puesto a la Iglesia universal. El Pontificado, hecho soberano del mundo, estaba, sin embargo, en contradicción con la esencia de la Iglesia y más aun con la del cristianismo; de suerte que solo podía conservar su posición por su constante sumisión a las mismas potencias a cuyo auxilio había acudido para combatir al Imperio. Desde entonces, la política pontificia consistió en poner en juego las aspiraciones nacionales contra las tendencias a la soberanía universal que manifestaba el Imperio; los lombardos habían combatido al lado de la curia lo propio contra Federico I que contra su nieto: el plan de Roma había sido alentar en contra de la soberanía alemana al Este a los eslavos, al Oeste a Francia y a Inglaterra y al Norte a los daneses; pero después se halló en el caso de considerar si era bastante fuerte para someter al mismo espíritu independiente por ella mismo invocado y para sujetar a su propio yugo a los Estados y a los pueblos a quienes había levantado contra el emperador en nombre de la libertad. La Iglesia, en parte a consecuencia de la lucha contra el Imperio, había sufrido, en un terreno que hacia dos siglos venía considerando como de su absoluta soberanía, una derrota que había destruido la fe que en su poder se tenía y que desencadenó un movimiento que ponía al propio tiempo en peligro la existencia de la dominación universal pontificia. La Iglesia, que había creído poder dominar por medio de las Cruzadas todos los esfuerzos aislados y disponer para siempre de cuantos poderes existían en Occidente, encontrábase, al terminar las Cruzadas, enfrente de un mundo completamente cambiado al cual no era capaz de dominar.

En la obra de las Cruzadas, idea que ya se había acariciado en tiempo de los Otones (1), había tomado la Iglesia una parte principalísima: ella era la que había hecho completamente eficaces los distintos motivos e impulsos, algunos ajenos a la religión, que habían producido aquel movimiento hacia el Oriente. Pero el movimiento pronto se emancipó de su dirección, acabando por dominar en él de tal manera los elementos terrenales, que las Cruzadas no solo no fueron religiosas, sino que fueron anti-eclesiásticas. Esta fue una derrota para la Iglesia, cuya soberanía sobre los pueblos de Occidente fue decayendo hasta quedar rápida y completamente destruida. En efecto, las Cruzadas, en vez de vencer a la religión que se alzaba enfrente de la católica romana con sus pretensiones a la soberanía universal, ó de rechazarla por lo menos al interior del Asia, lo que hicieron fue demostrar por vez primera su fuerza y su poder indestructibles. Desde entonces, comenzó a poner en duda el derecho exclusivo de la Iglesia católica y de su jefe supremo, y la oposición, que nunca había podido ser acallada por completo, levantóse con mayor energía y con más variedad de formas. Fueron

(1) Véase la primera parte.

tantas las sectas que en el siglo XIII se desarrollaron, que desde entonces, y a pesar de las medidas coercitivas que siempre se han adoptado, no ha podido ser restablecida la unidad de la Iglesia. En el mismo seno de ésta se sintió el deseo de acabar con los abusos que se habían ido introduciendo, comenzando primero de un modo insensible y luego con rapidez suma a tomar cuerpo el afán de una reforma de la Iglesia.

En las Cruzadas (2) habíase hecho de nuevo justicia a los verdaderos intereses temporales: rechazados y combatidos hasta entonces por la Iglesia, vinieron luego a ser reconocidos como indispensables para el buen desenvolvimiento de la raza humana, rompiéndose con esto la jurisdicción propiamente feudal que la Iglesia había ejercido sobre la existencia toda de la cristiandad occidental. Muchos eran los que por motivos terrenales se habían lanzado a aquella expedición a Oriente, pero otras habían sido además las causas, derivadas de las Cruzadas, que pusieron en movimiento los intereses terrenales y mundanos que demostraron una fuerza vital y una fecundidad generadoras de nuevas bases para un ulterior desenvolvimiento. El período de las Cruzadas está caracterizado por un rasgo altamente mundano y quizás materialista. Los mismos que, ante las amonestaciones de la Iglesia, habían huido hasta entonces del mundo con compunción piadosa, aprendieron a conocer las bellezas y las riquezas mundanas, y el regocijarse con ellas y el disfrutarlas dejaron de ser pecados severamente castigados por el cielo. El abismo que se abría entre lo terrenal y lo celestial, y que la Iglesia había procurado conservar tan abierto como sus medios le permitían, cerróse por completo, desapareciendo asimismo la discordia que hasta entonces había envenenado la existencia así del individuo como de la comunidad, por lo mismo que se reconoció que había en la tierra muchas cosas que, sin aproximarse en gran manera al cristianismo, podían ser consideradas como apetecibles y dignas de esfuerzo para ser conseguidas, y por tanto estimadas. De este modo se desligaron muchas fuerzas, hasta entonces atadas entre sí, y rivalizaron en esfuerzos por traducir aquellas ideas en hechos. Con las Cruzadas comenzó una nueva era de juventud para el caduco Occidente, el cual, como admirado de su poder hasta entonces por él mismo desconocido, multiplicó, ensanchó y profundizó su actividad, y de esta suerte en poco tiempo dió un gran paso en la senda de una superior cultura.

Todas las naciones del Occidente cristiano tomaron parte en las Cruzadas; en todas ellas influyó el contacto con el nuevo mundo, que consigo trajeron éstas, dándoles nueva libertad y nueva vida. Las barreras que entre el Occidente y el Oriente se alzaban, cayeron de la misma manera que habían caído las que antes separaran entre sí a los pueblos occidentales. En la abigarrada mezcla de gentes que caracterizó a las Cruzadas, aprendieron a conocerse los pueblos que, como franceses y escandinavos, ingleses y alemanes, italianos y españoles, habían sido hasta entonces extraños los unos a los otros, y no solo cambiaron entre sí sus respectivos productos, sino que se comunicaron también mutuamente sus conocimientos y aptitudes. Este trato engendró, finalmente, una comunidad de vida entre pueblos que hasta aquel punto solo exteriormente habían vivido situados uno al lado de otros. Cada nación llegó de este modo a tener conciencia de su manera especial de ser y las relaciones internacionales que entonces se establecieron completaron

(2) Repito en este lugar la esencia de cuanto he consignado en mi *Historia civilizadora de las Cruzadas* (Berlín, 1884), pág. 491, como resultado de mis investigaciones.

el desenvolvimiento de las nacionalidades. En la separación de éstas descansa el desarrollo de los siguientes siglos. Pero las nacionalidades eran opuestas a la uniformidad que la Iglesia quería imponer al Occidente, pues que desde el momento en que pretendían que se reconocieran sus derechos individuales, venían a negar la idea romana de un imperio y de una Iglesia universales. Este movimiento se reprodujo, a su vez, dentro de cada nación, entre sus diversas clases: la nobleza, como clase realmente dominante, era la que más principal papel había desempeñado en las Cruzadas, pero de las ventajas de este movimiento habían también participado los ciudadanos y los campesinos, pues todas las modificaciones que en el comercio y en la industria se introdujeron redundaron en beneficio de la burguesía y del labrador, aumentando considerablemente la importancia económica y política de las ciudades. El movimiento libertador de las Cruzadas influyó también benéficamente en las capas inferiores del pueblo: el que tomaba la cruz se veía libre de la servidumbre; la masa de los siervos era la que siempre enviaba nuevos contingentes a Oriente; en ella ejerció especial y poderosa influencia todo lo nuevo y grande que el trato continuado con los países orientales llevaba consigo, y para ella fueron también las Cruzadas, a la par que fuente de riquezas materiales, causa de permanente elevación intelectual.

Por vez primera pudo entonces desarrollarse en cada pueblo una civilización nacional que, rompiendo muy pronto las barreras que la Iglesia oponía a la expansión del pensamiento, penetró llena de cándida buena fe en la hermosa variedad de ideas de aquel tiempo. En vez del idioma de la Iglesia usaron los pueblos su propio idioma, desarrollándose las literaturas nacionales. La uniformidad de la vida espiritual, hasta entonces dominante, cedió el puesto a una variedad llena de color y de animación: la humanidad occidental veía despuntar los albores de una nueva era. El Occidente, libre ya de la jurisdicción del romanismo exclusivista, adquirió nuevos países, nuevos productos, nuevas relaciones, nuevas aptitudes, nuevas expresiones, nuevas lenguas; surgieron entonces nuevas ideas, nuevas reglas, nuevos gustos y con ellos un nuevo modo de pensar, un nuevo método de investigación y nuevos medios de exposición: todo esto contribuyó al renacimiento del Occidente y trajo consigo, en cierto modo, otro período de civilización.

La situación de la Iglesia cambió radicalmente: su poder había llegado a su mayor grado con el entusiasmo religioso de las Cruzadas; a este poder sucedía a la sazón un estado de calma, desvaneciéndose las ilusiones que millones de hombres se habían forjado. Juzgábase ya de otra manera la religión y las formas que la Iglesia le había dado; esto engendró la duda y de la duda surgió la crítica, separándose a la religión de la relación con un punto determinado de la tierra, con lo cual desapareció el sello grosero y material que había llevado impreso en los últimos tiempos el cristianismo. Buscóse a Dios fuera de la realidad visible; el trato con griegos y mahometanos dió al traste con una porción de preocupaciones religiosas y nacionales, reconociéndose lo bueno que tenían también otras religiones y los que las profesaban. Así la Edad media se vió dominada en su corazón y en su esencia, al terminar las Cruzadas, por los elementos de una nueva cultura.

De esta suerte, la coincidencia fortuita de la catástrofe que sufrió el Pontificado de la Edad media y de la gran revolución culto-histórica que promovieron las Cruzadas, señaló el comienzo de una nueva era para el desenvolvimiento de la humanidad de Occidente. A la destrucción del Estado universal imperial, siguió, como consecuencia de las derro-

tas que el Pontificado sufrió en las Cruzadas, la ruina del poder pontificio en el momento en que parecía haber realizado la idea de la Iglesia universal, rompiéndose las cadenas que habían impedido así a los individuos como a los pueblos desenvolverse libremente. En el terreno de la libertad prosperó rápidamente un nuevo orden de ideas en punto a Estado, Iglesia y sociedad. Tales fueron los comienzos del mundo moderno, que caracterizaron la constitución de Estados nacionales, la sujeción del feudalismo de la Edad media por la monarquía, cuyas raíces estaban en la nacionalidad, y por la burguesía unida a ésta, y el desarrollo del comercio y de la industria, que adquirieron proporciones no esperadas. En la Iglesia levantóse contra el absolutismo pontificio una enérgica oposición que hizo entrar en campaña a los concilios para tener un apoyo en sus deseos de reforma. Así se inició aquella gran evolución que con el descubrimiento del Nuevo Mundo y la restauración de la antigüedad clásica trajo en definitiva un renacimiento espiritual de la humanidad personificado en la Reforma.

Hasta entonces, Alemania e Italia habían sido el centro del desarrollo y al propio tiempo las columnas del imperio romano-germánico, en el cual había de asentarse el edificio de la deseada monarquía universal; pero a la sazón estas naciones perdieron tal situación y se quedaron muy rezagadas respecto de los pueblos a quienes durante tanto tiempo habían dirigido. Alemania, hasta entonces el país central que había tenido al Occidente en cierta dependencia y que en Oriente había realizado un trabajo civilizador de grandísima importancia, vió alzarse enfrente de sí, en uno y otro punto, una vigorosa vida nacional, sin poder ella a su vez alcanzar una organización nacional política. También bajo el punto de vista económico decayó prematuramente Alemania, pues a consecuencia de las grandes modificaciones que sufrieron las vías del comercio universal, éste pudo hacerse fuera del territorio alemán. El centro del desarrollo político y económico, social e intelectual, el manantial de la vida histórica creadora, residieron desde entonces más al Occidente.

Sin embargo, este desenvolvimiento no se realizó en la Europa occidental en todas partes a un mismo tiempo y bajo las mismas formas, pues mientras en la península pirenaica comienza en el siglo XII, en Francia y en Inglaterra el cambio decisivo no ocurrió hasta los siglos XIV y XV. En la primera, el despertar y el desarrollarse hasta formar una nación convencida de su particularismo y constituir una especial organización política, fueron exigidos por el antagonismo religioso que entre cristianos y mahometanos existía, al paso que en Francia y en Inglaterra este movimiento se realizó en la lucha, casi de un siglo, que precedió a la separación territorial definitiva de los dos pueblos. En punto a desarrollo interior, Francia marchó, sin embargo, delante de todos: ella fue la primera en destruir el feudalismo, y los demás fundamentos de la organización política y social de la Edad media, y en crear una fuerte monarquía como representación de todos los intereses nacionales; ella fue la primera en establecer un sistema político, penetrado del espíritu moderno, en el cual tomaban parte no solo el príncipe y la nobleza sino también los ciudadanos y en cierto modo los campesinos. Gracias a esto, Francia fue la nación que primero se sintió con fuerzas para sacudir la servidumbre de la Iglesia y para sostener con éxito la lucha libertadora contra las pretensiones de soberanía universal que tenía la curia romana.

Recordemos la situación del Occidente, tal como se presentaba a fines del siglo XIII y principios del XIV.

En Alemania ciertamente se había restablecido el imperio, pero sin la importancia internacional de que en otro tiempo gozara, impotente enfrente de los príncipes alemanes

y útil solamente para servir los intereses dinásticos. El pontificado, embriagado por la victoria que sobre el imperio había conseguido, excitaba con sus exageradas pretensiones las fuerzas nacionales y las pasiones políticas, y originó al fin la catástrofe cuando Bonifacio VIII quiso hacer redundar en provecho de la curia romana el curso de los sucesos históricos. Italia lo contemplaba sin hacer nada: destrozada al Norte por las guerras civiles y sojuzgada al Sur por una opresora dominación extranjera, encontrábase colocada en la senda que había de llevarla a ser, durante siglos, botín del extranjero. Inglaterra acababa de sostener la primera de sus grandes luchas constitucionales y de fijar las formas y los factores fundamentales de su organización política, que daba a la nación una garantía que ningún otro pueblo tenía (1) contra toda política antinacional que se prolongara demasiado. De aquí se deriva la fuerza asombrosa que mostró Inglaterra en sus luchas contra Gales, contra Escocia y contra Francia. En la península pirenaica la victoria del cristianismo no se había consumado todavía, pero era segura. En esta nación se desarrollaba también una espléndida vida interior. Radicales transformaciones habían sufrido el Norte y el Este: los países septentrionales de Europa entraron entonces en el concierto del desarrollo total del Occidente, gracias a la mo-

(1) Excepto Aragón y Castilla, que la tuvieron antes que Inglaterra. (N. del T.)

dificación de su sistema político y social que hasta aquel punto había estado semi cautivo del paganismo norte-germánico. Los perjuicios que a los escandinavos causó la preponderancia marítima y comercial de las ciudades marítimas alemanas, fueron causa de que se marcara más el antagonismo nacional. En el Este, donde el Occidente se ponía en contacto con las avanzadas del mundo oriental, preparábase una total ruina del orden de cosas hasta entonces existente. Después del fracaso de las Cruzadas, una violenta reacción llevó al corazón de la aterrada Europa a los vencedores campeones del islamismo: la invasión turca amenazaba ya al vacilante imperio bizantino. Pero contra el terrible enemigo alzábanse nuevos baluartes en los Estados nacionales que constituyeron Hungría, Polonia y Bohemia, con lo cual surgió, al propio tiempo, un nuevo peligro para el débil imperio alemán.

En esta sociedad europea violentamente agitada arrojó Francia, por medio de Felipe el Hermoso, la tea encendida, dedicando toda su fuerza juvenil nacional a libertar al Estado del yugo de la Iglesia y a despojar como despojó con éxito a la curia romana de los derechos terrenales usurpados. Quiso que el Estado fuese reintegrado en los suyos; y en abierta contradicción con las teorías teocráticas de la Edad media, que hasta entonces habían predominado, sentóse con aquella lucha el principio político del mundo moderno, por el cual se combatió enérgica y victoriosamente.

LIBRO PRIMERO

LA ÉPOCA DE BONIFACIO VIII Y DE FELIPE EL HERMOSO

CAPITULO PRIMERO

FRANCIA HASTA FINES DEL SIGLO XIII

El Estado francés, lo mismo que el Estado alemán de la Edad media, había tenido sus raíces en el imperio de Carlomagno. Pero muy pronto se separaron uno de otro, llegando cada uno a resultados muy diversos, debido esto principalmente a la diferencia del modo de ser de sus respectivos pueblos.

La población de Francia había sido, desde un principio, una mezcla heterogénea de partes más desiguales que la de Alemania. Ciertamente que por su número y por el espacio que ocupaban los habitantes romanos de la antigua Galia eran los que preponderaban; pero junto a ellos existían restos importantes de tribus aborígenes que se habían conservado puras de todo contacto con la civilización romana: tales eran al Sur los vascos iberos que vivían en los valles de los Pirineos y al Oeste los habitantes célticos de las costas de la Bretaña, que defendían tenazmente su independencia. De capital importancia para la constitución del pueblo francés fue la parte numerosa germánica que en las comarcas septentrionales se había mezclado con el elemento romano predominante. Estos dos elementos se presentaban completamente confundidos en las comarcas del Sena central, del bajo Marne y del Aisne, por vez primera conquistadas por Clodoveo (Chlodwig). Allí estaba el corazón de la Francia en tiempo de los merovingios y allí residían éstos con preferencia, alcanzando muy pronto la «isla de los francos», Francia en el sentido estricto de esta palabra, una gran influencia en el desenvolvimiento de las comarcas vecinas. Además de estos, a principios del siglo x se habían establecido en el territorio que se extiende entre el Sena, el Loira y el mar, como vecinos de Francia, los normandos, rústicos hijos del Norte escandinavo que con su ductilidad se amoldaban perfectamente al modo de ser más extraño a sus costumbres y que con su inagotable vigor juvenil daban nueva vida a los pueblos caducos y formaban con ellos Estados guerreros para decidir de la suerte de la Baja Italia, de Sicilia, de Inglaterra, de Rusia y hasta de la misma Francia. Los normandos a ningún pueblo se entregaron tan por completo como a aquella población mezcla de romanos y germanos que habitaba en el territorio del Sena central: con rapidez extraordinaria convirtiéronse en verdaderos franceses, siendo ellos los primeros que formaron las cualidades del carácter que después distinguieron al pueblo francés, ejerciendo así una influencia decisiva sobre el desenvolvimiento de este pueblo.

Bajo el punto de vista de la organización política, manifestóse también prematuramente un antagonismo entre Alemania y Francia que explica la diferencia de su desarrollo durante la Edad media (1). Mientras en el territorio adjudicado en Verdun a Luis el Germánico las relaciones sociales y económicas y la organización política que en ellas descansaba continuaron siendo esencialmente germanas, en las comarcas occidentales, es decir, en el núcleo de lo que después fue Francia, menguó en gran manera la antigua base del organismo político y social germánico, es decir, la libertad del pueblo, con lo cual le fue fácil al régimen feudal conseguir una rápida y completa victoria y amoldar a sus principios la organización del Estado y de la sociedad. Esto trajo consigo inmediatamente la debilitación de la monarquía, pues con la libertad del plebeyo desapareció el fundamento de la organización militar: las mesnadas quedaron disueltas y el rey tuvo que acudir a sus vasallos para atender a las necesidades de la guerra. La monarquía carolingia de la Franconia occidental perdió, pues, toda su importancia y su influencia, mientras que la monarquía alemana del siglo x, todavía encerrada dentro de ciertos límites, continuó llevando el sello político de la unidad, que mantuvo el lazo de cohesión entre las tribus alemanas, a pesar de su independencia, y de su representación reconocida en el exterior para todo aquello que tenía relación con los intereses comunes. El fraccionamiento revistió en la Franconia occidental tales proporciones, que el Estado amenazaba dividirse en una multitud de otros Estados independientes apenas unidos por una débil federación. Bajo este concepto, encontrábase peor la Francia del siglo x que la Alemania de fines del siglo XIII. La monarquía se veía impotente enfrente de las casi independientes partes del reino, y aun cuando los que estaban al frente de éstas eran vasallos del rey, esta dependencia, durante los primeros Capetos, fue una mera fórmula, pues la autoridad del monarca no pasaba de los territorios que, como conde de Francia, le pertenecían y además había muchos de sus vasallos que disponían de más vastos territorios y de más recursos y que, a lo sumo, concedían al rey cierta preeminencia honorífica.

Y sin embargo, Francia, en estas circunstancias, que aproximadamente corresponden a las que señalan la terminación del desenvolvimiento de Alemania durante la Edad media, supo hallar el camino para llegar a la unión de las distintas partes del territorio nacional. Debióse esto al aumento gradual de la autoridad de la monarquía, en un principio tan

(1) Véase Warnkönig: *Historia política y jurídica francesa*, tomo primero, pág. 176.